

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

LA BATALLA DE ITUZAINGÓ 1827 - 20 DE FEBRERO - 1983

IGNACIO M. ALLENDE

La noche de la víspera de la batalla, tan sólo la vanguardia no había entrado en el horrible recinto en forma de embudo, donde el río Santa María - no vadeable - cortaba una aparente retirada que resultaba incomprensible a jefes y soldados del ejército invasor.

Después de haber ordenado dar cara al enemigo, el general en jefe no se dejó ver en toda la noche, más aún, los dos jefes de los restantes cuerpos del ejército, generales Soler y Lavalleja, así como Mansilla, jefe del estado mayor, ignoraban su paradero.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Grandes habían sido los esfuerzos del gobierno de precarios medios, y del propio Alvear, para organizar al Ejército Republicano impecable en todos sus aspectos - y mayores aún las penurias soportadas desde que se había abierto la campaña.

Después de tantos sacrificios de un país pobre, y empobrecido más aún por el resquebrajamiento institucional provocado por la anarquía imperante, se había logrado conformar un ejército "a la europea" - calificándose así en su infraestructura - listo para presentar batalla con uniforme de gran parada, relucientes equipos y acabado adiestramiento.

Alvear debió de haber sopesado, aquella noche del 19 de febrero de 1827, la gran responsabilidad asumida, y en sus oídos se repetiría una y otra vez la desesperada como familiar admonición del general Soler, veterano del Ejército de los Andes: "Carlos, ¿hasta cuándo te has de guiar por tu solo capricho?; ¿no ves dónde has metido al ejército?".

Las tensiones entre los jefes de regimiento y su general no habían cesado; una y otra vez, Alvear había sido cuestionado en la conveniencia de sus decisiones y otras tantas había impuesto su parecer.

Pero ya la situación era otra e irreversible, el manto de la noche imponía la última pausa al desenlace, y allí, tan sólo separado por desniveles topográficos, se encontraba el Ejército Imperial, por doble razón poderoso: por serlo y porque se batiría en su propio suelo.

Iriarte, extraviado con su regimiento de artillería, monta a caballo y solo, en la penumbra, traspasa la línea de centinelas. Sin preverlo, se encuentra con el general Lavalleja y su comitiva. "Coronel - pregunta el jefe oriental -, ¿qué hace usted aquí?; ¿sabe usted dónde está? Sobre la vanguardia y a poco más, habría usted dado con los enemigos, que no están muy distantes". Iriarte inquiere a Lavalleja por el segundo y tercer cuerpos. "Adelante no están, y extraño la pregunta, porque usted debe haberlos sobrepasado, dejándolos a retaguardia".

Después de deambular a tientas y a costa de gran peligro, Iriarte y Lavalleja encuentran en vivac a Soler, acompañado de Mansilla y del coronel Deheza; ni el jefe del tercer cuerpo, ni el del estado mayor conocían el paradero del general en jefe.

Amarga y atribulada noche, la del general Alvear, en la víspera de la batalla que, necesariamente, se habría de librar sin opción a maniobras estratégicas. La suerte estaba echada, y, quizá, el mayor acierto de Alvear en esta crítica emergencia fue dejarse y permitir así que sus jefes de regimientos - sin mediar confusas órdenes hechas llegar por ayudantes y edecanes - tomaran las disposiciones más acordes con las circunstancias para poner a sus hombres en línea de batalla.

Con los primeros resplandores del histórico día, Alvear reaparece en el escenario de la batalla encontrando a su ejército dispuesto en línea de combate, para suplir, a partir de ese momento, con valor personal, su falencia estratégica, que, unida a la de su contendor, permitió el triunfo del más aguerrido de los dos ejércitos.

Iriarte explica así este desenlace: "El marqués de Barbacena nos dejó formar tranquilamente nuestra línea de batalla, operación que tuvo la calma

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

de contemplar a pie firme y sin moverse. Parecía aquella una batalla de la Edad Media, en que la fuerza material más que las maniobras debían decidir del éxito de la jornada".

Las alturas de la colina que, con el río, cerraban el trágico recinto donde se encontraba el ejército argentino pudieron ser recuperadas, quedando en ellas emplazadas la infantería de Olazábal, una batería adelantada en línea al mando de Chilavert y, más sobre el enemigo, las divisiones del primer cuerpo.

Alvear pone en manos de Olazábal la Bandera del ejército con esta orden: "Coronel Olazábal, en este punto hágase usted matar". "Muy bien, general, he recibido su orden", fue la resuelta contestación, y en ella estaba implícita la consigna del ejército todo: "Vencer o morir".

Alvear ordena cargar a Brandsen, acompañando sable en mano al mártir de Ituzaingó. El doctor Muñoz y el general Iriarte, que mantienen una vehemente y extensa polémica - a través de los diarios El Debate y La Reforma Pacífica, en febrero de 1858 - sobre hechos acaecidos en el transcurso de la batalla, coinciden en el relato del diálogo trabado entre ambos jefes. Brandsen pide a Alvear que regrese a la formación: "General, éste es mi día; no me quite la gloria del triunfo, yo mando el 1º". Alvear, sin detener la marcha, contesta: "Y yo soy el general y mando el ejército".

Momentos después, Brandsen cae mortalmente herido; hubo de dar espaldas al enemigo por causa de un profundo zanjón que lo separaba de la línea brasileña, que sabía que marcaba su destino, cuando, acatando la orden del jefe, dijo: "General, si a la muerte me manda, a la muerte voy".

Como todos los grandes episodios históricos argentinos, las notas heroicas y románticas estuvieron presentes en Ituzaingó. La neblinosa y aldeana jornada del 25 de Mayo, el "éxodo jujeño", el miniatúresco combate de San Lorenzo, la guerra gaucha, el heroico accionar del ejército de Belgrano, la increíble hazaña sanmartiniana conforman un in crescendo épico, que se repite ya en escenarios modestos, ya en los levantamientos de los Libres del Sur y de Berón de Astrada, ya en empresas de envergadura nacional, como las campañas del Ejército Libertador de Lavalle y del Ejército Grande de Urquiza, la guerra de la Triple Alianza o la Conquista del Desierto, plasmándose poéticamente la subyugante historia argentina.

Así como Cándido López, el pintor de la guerra del Paraguay, nos dejó una visualización casi fotográfica de jornadas memorables, de pocos acontecimientos bélicos argentinos han quedado tantos testimonios escritos, de protagonistas principales, como de la campaña del Ejército Republicano contra el Imperio del Brasil; y preciso es destacar que estos fundamentales relatos históricos no han sido lo suficientemente utilizados.

Si la campaña del Ejército de los Andes, con sus proyecciones americanistas, estaba destinada a preservar la independencia e integridad de la Patria, la campaña del Ejército Republicano tenía por finalidad recuperar el territorio de la Banda Oriental invadido por el extranjero.

A través de referencias históricas incuestionablemente coherentes, quedó confirmado que la gloria de Ituzaingó pertenece toda entera al Ejército Republicano, por ser la batalla del género que los tratadistas llaman batalla

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

de ejército, por la magnitud de adversidades superadas, por la capacidad de conjunto y el éxito logrado.

En tanto que al país todo le cabra la responsabilidad de asumir la defensa de la dignidad nacional, el caudillaje eludía este deber ante la República para atender divergencias locales, y el ministro García, con su política incomprensible, demoraba el apoyo al endeble ejército de observación de Martín Rodríguez, precursor del que debía iniciar la campaña de la primera guerra nacional de América del Sur.

Con Rivadavia en la Presidencia y Alvear en el Ministerio de Guerra, se organiza el Ejército Republicano sobre la base de los más brillantes jefes, cuatro de los cuales, los generales José María Paz, Tomás de Iriarte, Federico Brandsen y Angel Pacheco, aportaron datos invalorable en sus memorias y diarios de campaña, que, junto con los partes de los oficiales Revillo y Brito del Pino y el testimonio escrito del general Antonio Díaz, del coronel Chilavert, del médico doctor Muñiz y del mayor Domingo Arrieta, en sus Memorias de un soldado, constituyen piezas insustituibles de valoración histórica.

Paz, jefe de la primera división de caballería del tercer cuerpo fue poco citado por los historiadores, no obstante haber dedicado una relación separada de sus memorias a la campaña del Brasil, razón por la cual precisamente ésta no ha tenido publicidad necesaria. Fregeiro, cuando cita a Las memorias de la guerra del Brasil de Paz, señala que éstas están inéditas, en poder de don Carlos Salas, habla de ellas como reciente hallazgo, y efectúa sus referencias a través de la obra Bibliografía del coronel Brandsen, del propio Salas, publicada en Buenos Aires en 1910.

Paz, en su fragmento de las Memorias, expone el siguiente juicio: "El éxito final de Ituzaingó fue debido más a las inspiraciones individuales del momento que a las disposiciones tácticas del general Alvear... Ituzaingó pudiera llamarse la batalla de las desobediencias. Allí todos mandamos, todos combatimos y todos vencimos, guiados por nuestras propias inspiraciones".

Iriarte, jefe de la artillería, al igual que Paz, es poco citado en lo que hace a esta campaña, pese a que en sus memorias las relaciones son minuciosas, con transcripción, incluso, de diálogos entre protagonistas y descripciones de una fuerza y brillantez poco comunes.

Conforme con disposición testamentaria, las memorias de Iriarte permanecieron inéditas por generaciones, legando sí, a su hija Mercedes - y autorizándola a publicar - sus manuscritos sobre la campaña del Brasil. Desconocemos si, como ocurrió con el fragmento de las Memorias de Paz, formaron un trabajo independiente y si tuvieron incierto destino.

Iriarte adjudica, al igual que Paz, a la espontaneidad y eficiencia de los jefes el éxito de la campaña.

Brandsen, jefe de la primera división de caballería del segundo cuerpo de ejército, lega un minucioso diario de la campaña, hasta el 14 de febrero de 1827, en que queda interrumpido.

Al caer mortalmente herido el brillante oficial de Bautzen y de Maipú - y luego del infructuoso intento del teniente coronel de ingenieros José

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Estanislao Vial de recoger sus restos -, Lavalle, su camarada de armas, extrae de su chaqueta el precioso diario comenzado en cuadernos de papel de hilo y terminado en papel de pitar de sus propios soldados.

Este documento, inestimable, rescatado milagrosamente para la historia, no fue utilizado lo necesario para determinar el exacto juicio de los hechos.

Pacheco, jefe del tercer regimiento de caballería, legó, asimismo, su diario de campaña publicado en Revista Nacional (v. XVIII), del que se pueden extraer conclusiones coherentes con los antecedentes históricos enunciados, fundamentalmente, en lo relacionado con la conducción y con las trabas impuestas a los jefes que provocaron la separación temporaria del ejército de Lavalle, del propio Pacheco, y la orden no cumplida de suspensión del empleo de Paz en el mismo campo de batalla.

El día anterior a la batalla, Pacheco consigna: "A la llegada al río se intenta pasar, estaba a nado y se resiste, grande alegría en los jefes por el obstáculo que nos obliga a poner cara al enemigo".

Garzón y Alegre, a instancias de todos los jefes, terminan de convencer a Alvear sobre la necesidad de librar batalla. El río Santa María, que se presenta no vadeable, compele al general en jefe a tomar determinaciones que, en la obscuridad, provocan gran confusión. Iriarte en el tomo III de sus memorias, en magistral descripción, transmite los esfuerzos inimaginables de los jefes de regimiento para mantener el orden y presentarse en favorable línea de batalla.

Todo es coincidente en las descripciones de relatores presenciales del acontecimiento. "Al ponerse el sol. marcha todo el ejército sobre el mismo camino que habíamos traído", señala Pacheco.

El ejército había sido dirigido hacia un embudo entre dos elevadas colinas y un dificultoso pajonal, de ahí en más la decidida acción mancomunada de todo el ejército sería el artífice del triunfo.

El coronel Chilavert, capitán del regimiento de artillería, dejó un manuscrito inédito que reproduce Saldías en su Historia de Rosas, donde refleja la angustiosa situación del ejército en vísperas de la batalla, expresando: "La intención manifiesta del enemigo era apoderarse de las elevadas posiciones que debía ocupar el Ejército Republicano. Si lo conseguía, éste era roto por el centro, y su suerte quedaba comprometida".

El teniente coronel Antonio Díaz - después general -, segundo jefe del quinto de infantería, en el relato de la batalla publicado por primera vez en el diario La Nación del 20 de febrero de 1892, destaca también la difícil situación del ejército en vísperas de la batalla, al decir: "Si el marqués de Barbacena hubiese sabido que nuestro ejército estaba tan cerca de él, en un terreno tan desigual y tan difícil para desplegarse, y hubiera tomado con su infantería y artillería las alturas que lo dominaban, difícilmente hubiéramos podido desenvolvernos y salir a mejor posición bajo sus fuegos, pero el error o inadvertencia del jefe de su vanguardia nos dio el tiempo necesario para salir de aquel mal paso".

"Si el general Barbacena - dice Iriarte en sus memorias - no nos hubiera hecho el singular favor de darnos tiempo, de esperarnos, el Ejército Republicano podría haber sido anonadado sin combatir".

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Si a los testimonios reseñados se agregan los que resultan de los diarios de campaña del capitán Joaquín Revillo y del ayudante José Brito del Pino - después general -, reproducidos ambos en la Revista Histórica de Montevideo, y las relaciones del médico del Ejército, doctor Francisco Javier Muñiz, se dispondrá de un sustancioso material para cotejar hechos narrados en muchos pasajes con una belleza de estilo que sólo la vívida impresión recogida puede acordar a quienes no tienen el oficio de escribir. Descripciones poéticas, como ésta de Brandsen, sorprenden que puedan haber surgido de la mente de un curtido soldado: "El monte exhala una deliciosa fragancia...". Como si fuera una premonición, sobre el zanjón que cortó su carga y provocó su muerte, Brandsen consigna en su diario: "El país es quebrado, las lomas suaves y tendidas, pero la caballería estaba detenida casi a cada paso por unas zanjas profundas...". Y el 14 de febrero, día en que interrumpe su diario, escribe: "En esto se oye la generala, y cada uno corre a su campo. Al regresar al mío, cae mi caballo en un pozo y doy una caída espantosa. La alarma era falsa, y se había tocado generala por el fuego".

El fuego que cundió por el campo, después de la batalla, carbonizó el cuerpo de Brandsen e Iriarte, que tuvo a su cargo ordenar su entierro, consigna en sus memorias: "El cadáver estaba desconocido [...] fue preciso que Artayeta me lo señalara y me cercioré de que era él por una honda cicatriz que tenía en el cráneo de resultas de un duelo con el oficial Ramos". Y prosigue: "Para describir la marcha del ejército desde el campo de batalla al río Santa María se necesitaría un poder de reducción que yo no poseo, una imaginación poética, romántica. A nuestra derecha, las llamas que abrasaban el pasto seco formaban un basto océano cuya vista se perdía en el horizonte lejano; a nuestra izquierda, la oscuridad era sepulcral [...]. El resplandor era tan vivo que, habiendo hecho recoger unos libros que encontré al paso, pude leer en ellos [...]". "[...] El campo de batalla ofrecía un espectáculo horrible, los cadáveres estaban tan desfigurados que nadie había podido reconocer al amigo y al hermano".

En estas memorias y diarios de campaña, cotejados con el Boletín del Ejército Republicano, órgano directo del general Alvear, y con la exposición que en su defensa publicó en 1827, ha de buscarse las respuestas, si aún se quiere indagar en la tragedia de la guerra.

En Ituzaingó todo fue superlativo; desde el escenario, de gran belleza, según las descripciones de Brandsen, hasta los actores del drama, que fueron lo más selecto de la oficialidad argentina.

El ejército, según la tradición confirmada por algunos de los antecedentes históricos citados, presentó batalla con uniforme de gala.

Soler, según el coronel Cáceres, le ordenó en público: "Diga el señor con qué traje se presentó el general el día de la batalla, mientras había ordenado al ejército que se presentase de gran parada".

San Martín proyectaba, a través de los oficiales que revistaron en su Ejército de los Andes, la disciplina de sus cuerpos y su propia bizarría. Soler, Lavalle, Brandsen, Olazábal, Olavarría y el mismo legendario comandante del parque, Fray Luis Beltrán, estaban allí presentes.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Belgrano, representado por el estratega Paz y los orientales Alegre y Garzón, también se proyecta en Ituzaingó

La escuela de la Real Academia de Artillería de Segovia, así como las experiencias de las guerras napoleónicas, eran trasladadas por Iriarte al poderoso ejército, calificado por el memorialista como "el mejor sin disputa de cuantos había tenido la República hasta entonces".

El general Alvear, presente en todos los frentes de batalla - los protagonistas a los que nos remitimos así lo confirman -, pese a su objetable estrategia y a sus arrebatos incompatibles con la conducción, colocó el pabellón nacional en manos de Olazábal, cargó sable en mano con Brandsen, ordenó abrir fuego a los artilleros y desplegarse a la caballería, en el paroxismo de la batalla censuró y exaltó a cada uno de sus jefes, repartiendo su presencia en todos los frentes uniformado como Soler lo describió: "Con una chaqueta azul, con guarniciones de pieles y un morrioncito de hule insignificante".

El grito emancipador se mantenía aún resonante, la civilidad estaba henchida de patriotismo, y los soldados de la Patria, a la hora de Ituzaingó, fueron irrenunciables en sus convicciones y heroicos en sus decisiones.

Al pasar frente al regimiento de Paz, que inmóvil recibe el fuego del enemigo, Alvear se aproxima a este jefe - relata el coronel J. Amadeo Baldrich - y en alto y seco tono lo recrimina: "No estaré contento de su regimiento, coronel, hasta que vea las lanzas y los brazos de sus soldados tintos en sangre hasta los codos". Paz, tocado en sus fibras más íntimas, carga con tal bravura contra los infantes imperiales que provoca en el enemigo una brecha fatal.

Guillermo Melián Lafinur es quien relata este episodio patético: "Tres cargas consecutivas contra aquellos cuadros formidables de soldados alemanes habían desmoralizado las filas de los patriotas. Don Manuel Oribe intenta llevarlos nuevamente a la carga empeñado en romper aquella inexpugnable muralla de bayonetas. Los soldados vacilan y remolinean. Oribe echa pie a tierra entre sus soldados estupefactos, se arranca las charreteras, las pisotea y les dice: «¡Miserables!; eso es lo que ustedes merecen, yo no he nacido para mandar cobardes». Monta nuevamente en su espléndido y brioso corcel, se aproxima a las filas del enemigo y, lleno de indignación y de brío, arroja ante ellos sus charreteras. Los soldados se electrizan, se alinean a la voz de sus oficiales, cargan furiosamente a las órdenes de su digno jefe, rompen intrépidos el cuadro y lancean a discreción, deshaciendo las filas del enemigo".

Este hecho, conocido literariamente como "Las charreteras de Oribe", ha sido considerado como históricamente no probado, y formaría parte del cúmulo de mitos o fábulas que también son históricos.

Lo indiscutible es que, porque hubo genialidades en el Ejército Republicano, lo que ocurrió en el transcurso de la campaña y en el campo de Ituzaingó, seguirá siendo históricamente "fábula", o sea, "cosa de hablar", porque fabulosos fueron los hechos.

Contrastando con la indisciplinada fiereza de Oribe, Alvear, en su parte de la batalla destaca la actuación de Olavarría y de su regimiento con sintética

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

fuerza descriptiva que permite visualizar un académico despliegue estratégico: "Los bravos lanceros - dice Alvear - maniobran sobre el campo como en un día de parada".

"A la noche del 20, todo el ejército estaba reunido sobre el paso del Rosario como a dos leguas del camino de batalla" -, señala el general Pacheco en su diario inédito.

"Recién en la mañana del 21 se le reunió Lavalleja y Lavalle en el paso del Rosario", expresa el general Antonio Díaz en sus memorias.

Después de once horas de pelear, Lavalle, Paz y Lavalleja regresan de su tenaz persecución al enemigo vencido. Ni después de Yermal, herido de bala, Lavalle saciará su ímpetu arrollador.

Ya para ese entonces, Manuel García desembarcaba en Río de Janeiro, de donde regresaría con el increíble "Tratado preliminar de paz", en el que la perturbadora política inglesa inclinaría la balanza hacia el vencido. Pueblo y gobierno respondieron con indignación, pese a lo cual, los sacrificios de una guerra ganada se diluirían por imposición de intereses internacionales.

Bien conocían Alvear e Iriarte la inclinación de la Europa monárquica, incluso de boca del Presidente Monroe, a quien entrevistaron en misión diplomática en octubre de 1824. Monroe - según Iriarte relata en sus Memorias - les había señalado: "La Europa miraba con suma inquietud el germen republicano que se desarrollaba en todo el continente americano, y deseaba sofocarlo". "Nos habló (Monroe) con mucha propiedad (agrega Iriarte) sobre nuestra cuestión pendiente con el Brasil y sus consecuencias probables; estaba perfectamente instruido de todos sus antecedentes; nos deseaba el mejor de los éxitos si la guerra llegaba a declararse, pero nos significó que el gobierno de los Estados Unidos observaría la más estricta neutralidad, porque éste era el espíritu esencial de su sistema administrativo".

No debió ser novedad para los militares diplomáticos enfrentarse en el campo de batalla con fuertes contingentes de jefes, oficiales y regimientos enteros europeos, confirmando el poderoso apoyo de la Casa de Austria al ejército imperial.

El territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata sufrió la segregación del Uruguay, sumándose así a la del Alto Perú y el Paraguay, que conformaban el Virreinato.

Quedó, no obstante, incólume, el ejemplo del heroísmo de los soldados de Ituzaingó y de la guerra del Brasil, cuya historia fue relatada y escrita con tinta y con sangre por sus protagonistas, que fueron de su época, lo más prestigioso de la oficialidad argentina.

"Sólo los que conocen el arte de la guerra - afirma el general Iriarte en sus Memorias - y lo han practicado en campaña tienen autoridad competente para dar su fallo entre el lujo deslumbrador de los uniformes de guarnición y el harapo del vivac impregnado en barro y oliendo a pólvora".

Debemos exhumar del olvido la gloriosa gesta de la campaña del Brasil, por cuanto la Patria, para restañar heridas y retemplar su espíritu, necesita volcarse a sus más nobles tradiciones de abnegación y sacrificio.

JURISPRUDENCIA

